

El mundo silencioso
de Nicholas Quinn

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The silent world of Nicholas Quinn*

En cubierta: © OscarCatt / iStock / Getty Images

© Colin Dexter, 1976

Publicado originalmente en inglés por Macmillan, un sello de Pan Macmillan, una división de Macmillan Publishers International Limited

© De la traducción, Pablo González-Nuevo

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

Publicada por acuerdo con Casanovas & Lynch Agencia Literaria

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19744-54-8

Depósito legal: M-7.883-2024

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Colin Dexter

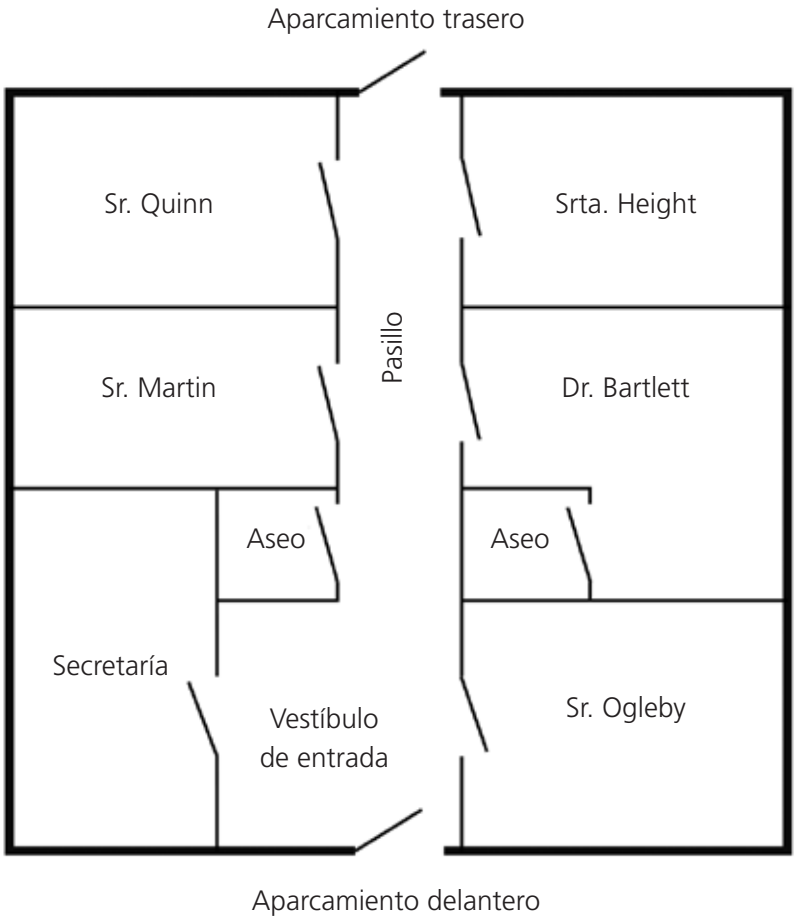
EL MUNDO SILENCIOSO
DE NICHOLAS QUINN

Traducción del inglés de
Pablo González-Nuevo

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Para Jack Ashley



Prólogo

—¿Bien? ¿Qué opina?

El decano del Sindicato de Exámenes Internacionales dirigía su pregunta directamente a Cedric Voss, presidente del Comité de Historia.

—No, no, decano. Creo que el secretario debería tener la primera palabra. Después de todo es el personal fijo quien tendrá que lidiar con la persona que escojamos.

En una compañía algo menos distinguida, Voss habría añadido que le importaba un pepino quién obtenía el trabajo. No obstante, dadas las circunstancias, volvió a adoptar una característica y solemne postura en su cómoda silla de cuero azul y pidió que todos levantaran la mano. La reunión ya había durado casi tres horas.

El decano se volvió hacia la persona sentada justo a su izquierda, un hombre menudo y de aspecto resuelto en la mitad o al final de la cincuentena, que parpadeó con expresión juvenil tras los cristales de sus gafas sin montura.

—Bueno, doctor Bartlett, escuchemos lo que tiene que decir.

Bartlett, secretario permanente del Sindicato de Exámenes Internacionales, miró con expresión afable a las personas a su alrededor en la amplia mesa antes de revisar con rapidez sus pulcras notas. Estaba acostumbrado a esta clase de cosas.

—Soy de la opinión, decano, de que, en términos generales —el decano y varios de los miembros principales del sindicato dieron un visible respingo—, todos estaremos de acuerdo en que la lista de seleccionados ha sido muy buena. Todos los aspirantes parecían más que competentes y la mayoría de ellos lo bastante experimentados para desempeñar las respon-

sabilidades del puesto. No obstante... —añadió, mirando de nuevo sus notas—. En fin, si les soy sincero, yo no escogería a ninguna de las dos mujeres. La de Cambridge era un tanto, eh, digamos que un poco estridente. —Sonrió con expresión expectante a los miembros del comité de selección y varias cabezas asintieron vigorosamente—. A la otra le faltaba experiencia y, eh, lo cierto es que algunas de sus respuestas no me resultaron convincentes. —De nuevo no se percibieron signos visibles de disensión en la silenciosa mesa y Bartlett masajeó su amplia barriga con apacible satisfacción—. Por tanto, vayamos directamente a los tres varones. ¿Duckham? Algo tibio, a mi parecer. Un hombre agradable, sin duda, pero me dio la sensación de que quizá su perfil fuera más indicado para nuestro Departamento de Humanidades. Es el tercero de mi lista. Luego está Quinn. Me gustó: un tipo honesto e inteligente, de opiniones firmes e ideas claras. Quizá carece de la experiencia ideal para el puesto y además... Bueno, honestamente... Creo que su, eh, creo que su, mmm, discapacidad quizá sería un lastre demasiado grande aquí. Ya saben a qué me refiero: llamadas telefónicas, reuniones, esa clase de cosas. Es una pena, pero las cosas son así. En cualquier caso, sería el segundo. Eso nos deja a Fielding y sin duda es el hombre al que escogería. Un excelente profesor, alumnos con estupendos resultados, la edad idónea; modesto, agradable y matrícula de honor en Historia en la Escuela Balliol. Sus referencias son magníficas. Sinceramente, dudo que pudiéramos haber encontrado un aspirante mejor y es mi primera opción, decano, sin la menor duda.

El decano cerró su carpeta de nombramientos con actitud ceremoniosa y asintió ligeramente sin pasar por alto que varias cabezas a su alrededor hacían lo mismo. Además del decano, todos los síndicos estaban presentes. Doce hombres y mujeres, todos ellos miembros prominentes de sus respectivas escuelas en la Universidad de Oxford, que eran convocados dos veces por trimestre al edificio del sindicato con el propó-

sito de formular y aplicar el reglamento oficial de evaluación. Ninguno de ellos formaba parte de la plantilla permanente del sindicato y ninguno ganaba un solo penique (dietas aparte) por asistir a estas reuniones. No obstante, la mayoría participaban de manera activa en los diversos comités, tomaban parte feliz e interesadamente en los lucrativos exámenes públicos y, durante los meses de junio y julio, después de que sus alumnos se hubieran marchado a disfrutar de unas largas vacaciones, actuaban como examinadores y moderadores en los exámenes de los niveles básico y avanzado del Certificado General de Educación. De los miembros permanentes del sindicato, solo Bartlett era automáticamente invitado a participar en las reuniones de este órgano de gobierno (aunque ni siquiera él tenía derecho a voto), y con Bartlett eran trece en la sala. Trece... No obstante, el decano no era un hombre supersticioso y observó a los demás miembros del comité a su alrededor con cierto cariño, se podría decir. Colegas experimentados y dignos de confianza, casi todos; aunque a un par de los catedráticos más jóvenes aún no había llegado a conocerlos bien: llevaban el pelo demasiado largo y uno de ellos lucía una poblada barba. Quinn también tenía barba, ¡por favor! El proceso de selección no podía alargarse mucho más y con un poco de suerte él podría estar de regreso en la Escuela Lonsdale antes de las seis. Esa noche había un evento especial y, en fin, ¡había que liquidar el asunto lo antes posible!

—Bien, si no me equivoco al asumir que el comité está de acuerdo en seleccionar a Fielding solo queda por determinar la cuestión de su salario inicial. Veamos, tiene treinta y cuatro años. Creo que el sueldo base del nivel B docente sería...

—¿Podría hacer un comentario antes de que continúe, decano?

Era uno de los catedráticos jóvenes. Uno de los de pelo largo. El de la barba. Un químico de la Christ Church.

—Sí, por supuesto, señor Roope. No pretendía dar la impresión de que...

—Si me lo permite, creo que asume usted que todos estamos de acuerdo con el punto de vista del secretario. Y por supuesto es posible que todos los demás lo estén. Pero yo no, y creo que el verdadero propósito de esta reunión...

—Claro, claro, señor Roope. Como decía, no pretendía dar la impresión de que, ya sabe... Desde luego no era esa mi intención. Solo tuve la impresión de que todo el mundo estaba de acuerdo. Pero estamos en sus manos. Si lo cree necesario...

—Gracias, decano. Lo cierto es que mi opinión es muy clara y no puedo estar de acuerdo con el orden de méritos expuesto por el secretario. Si he de ser franco, creo que Fielding es mucho más sumiso, demasiado blando a mi modo de ver. Extremadamente blando, de hecho.

Un suave murmullo de regocijo recorrió la mesa y la ligera tensión, perceptible tan solo un minuto antes, se relajó visiblemente. Mientras Roope continuaba algunos de sus colegas de más edad le escucharon con algo más de interés y atención.

—Estoy de acuerdo con el secretario en lo demás, aunque no puedo decir que comparta completamente sus razones.

—Quiere decir que pondría a Quinn en primer lugar, ¿es eso?

—En efecto, eso haría. Tiene las cosas claras en lo referente a los exámenes y tiene una buena cabeza. Pero hay algo más importante, creo que es un hombre íntegro y en estos tiempos...

—¿No opina lo mismo de Fielding?

—No.

El decano ignoró el audible murmullo del secretario («¡Qué disparate!») y agradeció a Roope su aportación. Miró con desgana a los miembros del comité, invitándolos a hacer algún comentario, pero nadie pareció querer añadir nada.

—Si alguien más desea...

—Creo que es bastante injusto que cualquiera de nosotros se atreva a hacer juicios de carácter de naturaleza cósmica teniendo como única base una breve entrevista, decano. —Era el presidente del Comité de Lengua y Literatura—. Sin duda

estamos aquí para hacer una valoración, de eso no hay duda. Pero yo estoy de acuerdo con el secretario. Mi orden de méritos es el mismo que el suyo, exactamente.

Roope se apoyó en el respaldo de la silla y contempló el techo blanco, con un lapicero amarillo balanceándose con suavidad entre sus dientes.

—¿Alguien más?

El vicedecano se movió incómodo en su silla, profundamente aburrido y ansioso por marcharse. Sus notas consistían en una maraña extraordinariamente intrincada de espirales y volutas, y mientras hacía su primera y última contribución a las deliberaciones del día remató sus garabatos con un amplio y florido arabesco.

—Los dos son buenos, eso es obvio. Y la verdad es que no me parece demasiado importante a cuál de los dos escojamos. Si el secretario quiere a Fielding, yo opto por Fielding. Quizá podamos hacer una pequeña votación, ¿no cree, decano?

—Eh, bien, bien, como quieran.

Algunos miembros del comité murmuraron su aprobación y con voz vagamente desconsolada el decano se dirigió a las dos facciones.

—Está bien. A mano alzada, entonces. Todos los que estén a favor de Fielding, por favor.

Siete u ocho manos se habían levantado cuando Roope volvió a hablar de repente y fueron bajando poco a poco.

—Solo una cosa antes de votar, decano. Me gustaría preguntarle algo al secretario. Estoy seguro de que podrá responderme.

El secretario miró a Roope con evidente disgusto a través de los cristales de sus gafas y varios miembros del comité apenas trataron de ocultar su impaciencia y su irritación. ¿Por qué motivo habían incorporado a Roope? Sin duda era un químico brillante y sus dos años en la Compañía Petrolera Angloárabe habían parecido un factor definitivo teniendo en cuenta los compromisos del sindicato. Pero era demasiado

joven, demasiado arrogante; demasiado ruidoso y estridente, como una vulgar lancha motora abriéndose paso en la plácida regata del sindicato. Tampoco era esta la primera vez que tenía un enfrentamiento con el secretario. Y ni siquiera colaboraba con el Comité de Química, ni en los exámenes. Siempre decía que estaba demasiado ocupado.

—Estoy seguro de que el secretario estará encantado de, mmm... ¿En qué estaba pensando, señor Roope?

—Bien, como usted sabe, decano, no llevo mucho tiempo aquí, pero he estado revisando la constitución del sindicato y da la casualidad de que tengo aquí una copia.

—¡Ay, Dios! —murmuró el vicedecano.

—En el párrafo veintitrés, decano, dice, ¿quiere que se lo lea?

Puesto que la mitad del comité jamás había tenido delante una copia de la constitución, y menos aún la había leído, parecía bastante inapropiado fingir que la conocían. De modo que el decano no tuvo más remedio que asentir con evidente reticencia.

—No será demasiado largo, ¿verdad, señor Roope?

—No, es muy breve. Esto es lo que dice, cito textualmente: «Teniendo en cuenta que sus ingresos dependen por entero de fondos públicos, el sindicato se esforzará en todo momento por recordar que debe y habrá de hacer gala en todo momento de una correspondiente responsabilidad tanto con la sociedad en general como con sus empleados permanentes. De manera específica, se comprometerá a contar con los servicios de un pequeño porcentaje de personas aquejadas por diversas discapacidades, siempre y cuando las taras de dichas personas no interfieran de forma sustancial en el ejercicio de las responsabilidades que se les confían». —Roope cerró el delgado documento y lo dejó a un lado—. Ahora bien, mi pregunta es esta: ¿sería tan amable el secretario de decirnos cuántas personas discapacitadas trabajan actualmente para el sindicato?

El decano miró una vez más al secretario, que parecía haber recuperado su habitual afabilidad.

—Solíamos tener a un hombre tuerto en el departamento de embalaje...

El vicedecano, cuya particular discapacidad era que tenía incontinencia urinaria, aprovechó la consiguiente carcajada para abandonar la sala mientras Roope continuaba su argumentación con una pedantería carente de todo humor.

—Pero lo más probable es que ya no esté trabajando aquí, ¿verdad?

El secretario sacudió la cabeza.

—No. Desafortunadamente, resultó que tenía una incontrolable necesidad de robar los rollos de papel higiénico y tuvimos que...

El resto de la frase se perdió en una procaz carcajada general y el decano tardó unos instantes en restablecer el orden. Recordó al comité que, por supuesto, el párrafo veintitrés no era en modo alguno un mandamiento judicial, sino una simple recomendación marginal que velaba por ciertos compromisos cívicos. Pero por alguna razón enseguida le pareció un argumento fuera de lugar. Habría sido más inteligente dejar que el secretario contara alguna otra anécdota sobre sus poco afortunadas experiencias con las minorías afligidas. En cualquier caso, el equilibrio se había visto sutilmente alterado. El hombre con la discapacidad volvía a entrar en las apuestas, aunque sus posibilidades disminuían a medida que Roope exponía su punto de vista con más contundencia y claridad.

—Verá, decano, lo único que quiero saber es esto: ¿creemos que la sordera de Quinn supondrá un lastre significativo en el desempeño de su trabajo? Eso es todo.

—Bien, como ya he dicho —respondió Bartlett—, para empezar, está el teléfono, ¿no le parece? Quizá el señor Roope no es del todo consciente de la cantidad de llamadas telefónicas que se hacen y se reciben aquí a diario, y tendrá que disculparme si sugiero que yo sí sé un poco más que él al

respecto. Es un problema de difícil solución cuando uno es sordo...

—Desde luego que no. Hoy en día hay toda clase de aparatos. Podría utilizar uno de esos que ponen detrás de la oreja con un micrófono...

—No sé si el señor Roope sabe diferenciar a una persona sorda de...

—Lo cierto es que no, pero...

—Entonces, es evidente que corre usted el riesgo de subestimar la clase de problemas que...

—¡Caballeros, caballeros! —La irascibilidad de los comentarios iba en aumento y el decano decidió intervenir—. Creo que todos estamos de acuerdo en que podría ser algo problemático. La verdadera cuestión es ¿en qué medida?

—Pero no se trata únicamente del teléfono, ¿verdad, decano? Hay reuniones, decenas y decenas al año. Reuniones como esta, por ejemplo. Si uno se enzarza en una discusión con alguien en el mismo lado de la mesa, a tres o cuatro sillas de distancia...

Bartlett siguió exponiendo su punto de vista y consiguió terminar sin ninguna interrupción. Ahora pisaba terreno más seguro y lo sabía. Tan solo se estaba volviendo un poco sordo él mismo.

—Sin embargo, no es difícil colocar a una persona en el lugar más adecuado durante una reunión...

—No, no lo es —replicó Bartlett—. Y tampoco costaría instalar un conveniente sistema de micrófonos y auriculares y sabe Dios qué más. ¡Y, ya puestos, también podríamos aprender todos la lengua de signos!

Resultaba cada vez más evidente que existía alguna extraña y enconada antipatía personal entre los dos hombres, y pocos de los síndicos de más edad podían comprenderla. Por lo general, Bartlett era un hombre dotado de un temperamento asombrosamente equilibrado. Y al parecer aún no había terminado:

—Todos ustedes pudieron ver el informe médico. Todos ustedes vieron los audiogramas. Lo cierto es que Quinn está muy pero que muy sordo.

—Parecía perfectamente capaz de oírnos, ¿no?

Roope hablaba en voz baja y reposada y posiblemente Quinn no le habría oído de haber estado presente. Pero el comité sí le oyó y quedó claro que a Roope no le faltaba razón.

El decano se dirigió de nuevo al secretario.

—Mmm... Resulta asombroso que pareciera oírnos tan bien, ¿no le parece?

Entonces comenzó una abúlica discusión que se fue alejando gradualmente de la acuciante decisión que aún debían tomar. La señora Seth, presidenta del Comité de Ciencias, pensó en su padre... Se había quedado sordo muy rápido antes de cumplir los cincuenta, cuando ella tan solo era una colegiala, y había perdido su trabajo. Una indemnización por despido y una exigua pensión por discapacidad. Oh, sí, habían intentado ser amables y justos... Pero su cerebro estaba en perfectas condiciones y él no había vuelto a trabajar. Su confianza en sí mismo había quedado destrozada de manera irremediable. Sin embargo, aún habría sido capaz de desempeñar gran cantidad de trabajos de forma infinitamente más eficiente que la mitad de los holgazanes que se pasaban la jornada calentando las sillas en cualquier oficina. Se ponía tan triste y enfadada cada vez que pensaba en él...

De repente se dio cuenta de que estaban votando. Cinco manos se levantaron inmediatamente por Fielding, y ella pensó, y también el secretario, que posiblemente él fuera el mejor de todos los candidatos. Votaría por él. Sin embargo, por alguna extraña razón su mano permaneció inmóvil sobre el papel secante que tenía delante.

—¿Y a favor de Quinn, por favor?

Se levantaron tres manos, incluida la de Roope, y después una cuarta. El decano empezó a contar por la izquierda:

—Uno, dos, tres... Cuatro... —Una nueva mano hizo que el decano volviera a empezar—: Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Parece que...

Y entonces, lenta y dramáticamente, la señora Seth levantó la mano.

—Seis.

—Bien, damas y caballeros, ya han decidido. Quinn es el elegido. Una votación reñida: seis a cinco. Pero ahí está el resultado. —Algo incómodo, miró hacia su izquierda—. ¿Está satisfecho, señor secretario?

—Digamos simplemente que cada uno tiene su propia opinión, decano, y la del comité de selección no es la mía. No obstante, como ha dicho usted, el comité ha decidido y mi deber es aceptar dicha decisión.

Roope volvió a apoyarse en el respaldo mirando al techo con aire distraído y con el lapicero de nuevo entre los dientes. Quizá estuviera disfrutando interiormente de su pequeño triunfo, pero su rostro permaneció inexpresivo, casi indiferente.

Diez minutos después el decano y el secretario descendían codo con codo las escaleras hacia la planta baja, en dirección al despacho de Bartlett.

—¿De veras crees que hemos cometido un grave error, Tom?

Bartlett se detuvo y miró a la cara al teólogo de cabello cano y notable estatura.

—Oh, sí, Felix. No lo dudes. ¡Así es!

Roope pasó a su lado escaleras abajo y les dedicó un desganao «¡Hasta luego!».

—Eeh, buenas noches —respondió el decano.

Pero Bartlett permaneció en silencio con expresión sombría y miró cómo se alejaba Roope. Después siguió bajando sin prisa los pocos escalones que quedaban y entró en su despacho.

Sobre la puerta había una lámpara de dos colores, parecida a las que se pueden ver en los hospitales, que funcionaba

mediante dos interruptores instalados dentro, en el escritorio. El primero encendía una luz roja que indicaba que Bartlett estaba reunido y que no deseaba (y no debía) ser molestado. El segundo interruptor encendía una luz verde, que indicaba que el hipotético visitante era libre de llamar antes de entrar. Cuando ninguno de los dos estaba activado no había luz, detalle a partir del cual se podía concluir que la habitación estaba vacía. Desde que ocupara el cargo de secretario, Bartlett había dejado muy claro que si alguien deseaba discutir cualquier cuestión importante él mismo tendría la cortesía de asegurarle al interesado una charla confidencial e ininterrumpida; y todo el equipo sin excepción apreciaba y, por lo general, cumplía sus normas. Las pocas veces que la norma había sido infringida Bartlett había hecho gala de una atípica furia.

Una vez dentro, el secretario presionó el interruptor de la luz roja antes de abrir una pequeña vitrina y servirse un vaso de ginebra con vermú. Después se sentó a su escritorio, abrió un cajón y sacó un paquete de cigarrillos. Nunca fumaba durante las reuniones, pero ahora encendió uno, le dio una fuerte calada y tomó un sorbo de la bebida. Enviaría un telegrama a Quinn por la mañana. Ya era demasiado tarde para hacerlo. Abrió una vez más la carpeta de candidatos y releyó la información sobre Quinn. ¡Uf! Habían escogido al hombre equivocado. ¡Vaya que sí! Y todo por culpa de Roope, ¡ese maldito idiota!

Dejó a un lado los documentos ordenados, despejó el escritorio y se reclinó en la silla esbozando una curiosa media sonrisa.